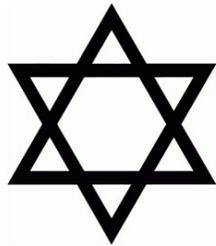




**F U N D A R**

**Servicio para el Diálogo**  
ecuménico e interreligioso



## «La herencia de Abraham: la alianza perenne de Dios»

Para una comprensión del Judaísmo  
y del diálogo judeo-cristiano

**Prof. José A. Amadeo**



— SELECCIÓN DE TEXTOS ORIGINALES Y FUENTES —

© Servicio para el Diálogo ecuménico e interreligioso  
2012

# UNIDAD TEMÁTICA 1: INTRODUCCIÓN GENERAL E HISTÓRICA-GENÉTICA AL JUDAÍSMO



**Texto 1.1.: Claude Tassin, *Los caminos de la asimilación*, 1987<sup>1</sup>.**

## **1. «HACERSE JUDIO».**

Después de la confrontación de estos dos textos, se comprenderá por qué en la historia del judaísmo antiguo no cesan de mezclarse dos factores cuando se trata de integrar a un extranjero: por un lado, el juego de las relaciones socio-culturales; por otro, la adhesión de corazón y de comportamiento a un credo.

En Est 8, 17 aparece el verbo «hacerse judío» (en griego, *ioudaizein*). Después del triunfo de Mardoqueo y la revancha de la comunidad judía de Susa (Persia), «muchos de la gente del país se hicieron judíos, porque el miedo a los judíos caía sobre ellos». La versión griega es más explícita: «Muchos paganos se hicieron circuncidar y se hicieron judíos por temor a los judíos». Si el libro de Ester refleja como en una parábola la epopeya macabea, cabe preguntarse sobre este modo de «hacerse judío» (cf. 1 Mac 2, 45), del que nos da un testimonio Juan Hircano (134-104): «Hircano les quitó a los idumeos las ciudades de Adora y de Larissa y, después de haber sometido a esta gran provincia, les permitió morar allí, con tal de que se hicieran circuncidar y abrazasen la religión y las leyes de los judíos. El temor a verse echados de su país les hizo aceptar estas condiciones y desde entonces han sido considerados siempre como judíos» (Flavio Josefo, *Ant.*, XIII, 257). Nadie se atrevería a calificar de propaganda religiosa estas operaciones de conquista territorial.

Más tarde, la literatura rabínica desechará la candidatura de los «prosélitos de los días de Mardoqueo y de Ester» (*Talmud*, Yebamot 24b), es decir, a los que se convirtieron bajo la presión del miedo.

## **2. EL ESTATUTO DEL «GER».**

Los textos antiguos de la biblia llamaban *ger* al residente extranjero que, a diferencia de los simples extranjeros (Is 56, 3), tenía un conjunto de derechos y de deberes respecto a la población autóctona. Después de las épocas rigoristas de Esdras y de Nehemías, la Torá conoció algunos intentos de asimilación, estableciendo una igualdad en determinado número de puntos entre el residente extranjero y el judío de nacimiento. La palabra *ger* no ha tomado todavía el sentido de «convertido» que tendrá en la Misná; pero cada vez más se integra a este personaje en la vida social y religiosa de la población judía: así ocurre, por orden cronológico, en Ex 12, 48 y Nm 9, 14 (para la pascua); Nm 15, 25-26; Dt 29, 9-12; Ez 47, 22-23 (participación en los derechos de posesión de fincas). Repitémoslo, en la biblia hebrea, la palabra *ger* no pierde nunca su sentido terrestre de residente extranjero en el ambiente judío palestino y no indica nunca un proceso de conversión.

## **3. EL PROSÉLITO.**

Fue la biblia hebrea la que creó la palabra «prosélito» (*prosélythos*), para traducir el término *ger* cuando el contexto parecía evocar el paso del pagano que se incorporaba a la comunidad judía, mientras que adoptaba otro neologismo (*geiōras*), cuando el *ger* del original hebreo designaba simplemente a un residente extranjero.

<sup>1</sup> Claude Tassin, *El Judaísmo, desde el destierro hasta el tiempo de Jesús*, Cuadernos Bíblicos N° 55, Editorial Verbo Divino, Estella, 1987, pp. 66-70.

Pero, confesémoslo, la selección no siempre es coherente. En la diáspora, la integración de los paganos carecía sin duda de aquellas motivaciones socio-económicas que hemos visto en Palestina, aun cuando no estuviera ausente la dimensión cultural. En el siglo I de nuestra era, Filón de Alejandría comparará el paso del prosélito a una verdadera expatriación y su insistencia en recomendar una buena acogida al mismo deja suponer algunas dificultades.

En todo caso, los Setenta se interesan por estos convertidos, llegando incluso a aludir a los mismos en donde el texto hebreo no habla de ese tema; así en Is 54, 15: «He aquí que los prosélitos se unirán a ti, gracias a mi (*Dios*) y se refugiarán junto a ti», en donde la expresión «refugiarse» evoca con frecuencia el paso que ha de dar el prosélito. Por tanto, parece ser que las sinagogas de la diáspora habían fomentado estas conversiones, complaciéndose en subrayar las de algunos personajes importantes, como el rey *Izates* de Adiabene (cf. Documentos 4, 41); pero incluso en el relato de este último personaje se advierten las barreras culturales que constituía la obligación de la circuncisión. Se tiene la tendencia a hablar de un gran éxito del proselitismo en la diáspora; por una parte, a la luz de las indicaciones anteriores, hay que preguntarse siempre qué es lo que significa «hacerse judío»; por otra parte, las inscripciones sinagogaes o funerarias recogidas hasta ahora por la arqueología no aportan ninguna prueba de un movimiento masivo. Pero si algunos círculos judíos no se hubieran mostrado celosos en la conversión de los paganos, no se explicaría cómo pudo nacer una tipología de Abrahán «prosélito y misionero» (cf. el recuadro siguiente):

### Abrahán, prosélito y misionero

Según una antigua leyenda judía, Abrahán, habiendo descubierto personalmente el monoteísmo, fue arrojado a un horno por sus compatriotas por haberse negado a asociarse a sus proyectos idolátricos (por ejemplo, en las *Antigüedades bíblicas del Pseudo-Filón*, VI, 87s; este escrito es de finales del siglo I d. C.). Y Dios hizo salir a Abrahán del «horno de los caldeos» (el hebreo *Ur* puede significar también «horno»). El patriarca se convirtió de esta forma en el primero y el modelo de los prosélitos. Según una tradición tardía (*Midrás Rabbá del Génesis*), Abrahán se convirtió a los 48 años (30, 8) y, si tuvo que aguardar a los 99 años para recibir la circuncisión, fue por «no desanimar a los prosélitos» en las dudas que sentían para hacerse judíos.

Otros escritos, por ejemplo el *Apocalipsis de Abrahán*, c. 1-3, muestra a Abrahán intentando convertir a su padre al monoteísmo. El targum traduce así Gn 12, 5: «Abraham tomó a Saray... , así como todas las posesiones que poseían y las almas que hablan hecho prosélitos en Jarrán».

El *targum palestino* glosa así Gn 21, 33: «Abrahán plantó un huerto en Berseba y colocó allí alimento para los viajeros. Pues bien, sucedía que, después de haber comido y bebido, querían pagarle lo que habían comido y bebido. Pero él les decía: 'Lo que habéis comido (procede) de aquel-que-habló-y-el-mundo-fue-hecho'. Y no partían de allí sin haberse convertido y sin que él les hubiera enseñado a glorificar al Señor del mundo».

Algunas de estas tradiciones son antiguas y cabe entonces plantearse esta cuestión: cuando Pablo presenta a Abrahán como el prototipo de los paganos convertidos (Rom 4, 1-25; Gál 3, 15-16; 4, 21-31), ¿de qué Abrahán habla?, ¿del del texto «desnudo» del Génesis o del Abrahán convertido en «prosélito y misionero» por el enriquecimiento de estas antiguas leyendas?

## 4. LOS PUEBLOS EXCLUIDOS

La elección del pueblo de Dios se limitaba a la «raza de Abrahán») (Sal 105, 6); por eso no es extraño que las peripecias de la historia hayan provocado algunas incompatibilidades. Le correspondió a la Torá explicar las circunstancias religiosas y políticas que prohibían la incorporación de los procedentes de algunas naciones, como

los cananeos (Dt 7, 1-6), los moabitas y los amonitas (Dt 23, 4-6), mientras que otros, como los egipcios, fueron puestos a prueba (Dt 23, 8-9).

En su empeño por impedir a la frágil comunidad judía diluirse en un entorno peligroso, Nehemías (13, 1s) exhumó estas prohibiciones, echó de las dependencias del templo a Tobías el amonita, pariente cercano del sumo sacerdote, y condenó las uniones contraídas con esposas «asdoideas, amonitas y moabitas» (13, 23).

Sin embargo, como en Is 56, 2-7, se levantaron algunas voces para oponer objeciones a este rigor. Tal es sin duda el propósito del *libro de Rut*: ¿acaso el propio David no tenía entre sus antepasados a una mujer moabita, modelo de piedad judía? Y el hecho de que la biblia haya conservado este libro, al lado de la intransigencia de un Nehemías, revela todo el abanico de posibilidades del judaísmo. El *libro de Jonás*, por su parte, presenta a unos paganos, los ninivitas (que habían desaparecido de la historia en el momento de la redacción del libro), más dispuestos que Israel a responder a las llamadas del profeta, desconcertado éste a su vez por el comportamiento de Dios. *Tobías*, un «buen» samaritano (1, 4), ofrece un mentís irónico a la idea que los judíos se forjaban de sus vecinos. El *libro de Judit* se complace en subrayar (5, 5-6, 21; 14, 5-10) la integración en la casa de Israel de Ajiar, el oficial amonita (14, 10). El antiguo episodio de Rajab (Jos 2; 6, 22-25) ¿no había sido ya una excepción en favor de una cananea?

Desde la *Misná*, el judaísmo rabínico puso ya en discusión la exclusión de los amonitas y de los moabitas, precisamente debido al ejemplo de Rut que, como Rajab, habría de convertirse en la literatura judía en un modelo de prosélito. Hay un doble rasgo en común entre la cananea Rajab, la moabita Rut y el amonita Ajiar: estos personajes excepcionales confiesan explícitamente la unicidad y la superioridad del Dios de Israel y reconocen el estatuto privilegiado del pueblo judío. De esta forma, el motivo de la fe y de una fidelidad sincera a la Torá tendía a imponerse sobre los demás factores. El judaísmo rabínico proseguirá en esta dirección, aunque no desaparecieron nunca las implicaciones étnicas en los matrimonios o en los casos de herencia, lo cual en la práctica hacía del prosélito un judío de condición particular.

Fundamentalmente, Israel, pueblo particular de un Dios universal, no reconocía más misión que la de hacer brillar, por su conducta, «la luz incorruptible de la ley» (Sab 18, 4), es decir, la de atraer prosélitos. Históricamente, los acontecimientos obligaron al antiguo judaísmo a salvaguardar su identidad con mucha más frecuencia que a abrirse hacia fuera. Sociológicamente, en el marco del mundo antiguo, era menester tener en cuenta aquellos vínculos inextricables que enlazaban entre sí los diversos aspectos (cultural, económico, político, social y religioso) de la existencia. Pero ese judaísmo tiene el mérito de haber puesto muchas veces la fe y la obediencia a la ley divina por encima de cualquier otra consideración. Además, prescindiendo de la cuestión de una integración efectiva de los paganos, el judaísmo asumió la tarea de combatir por todas partes la idolatría (cf. la *Carta de Jeremías*; Dn (griego) 14, 1-22; Sab 11, 15-18; 12, 23-24; 13-15); y ello era la consecuencia de la idea tan elevada de Dios que se había ido elaborando en su seno a lo largo de su historia (cf. anteriormente, 54-55). Finalmente, sería una equivocación pensar que los reflejos de autodefensa solamente intervenían frente al mundo pagano. En el seno mismo del judaísmo se llevaba a cabo un proceso de separación: el fiel de la Torá rompe con el impío (Eclo 12, 13-14); Tob 4, 12 juzga a los pecadores indignos incluso de recibir honores fúnebres.

Es preciso tener en cuenta todo este cuadro tan complejo para valorar la misión del cristianismo primitivo al mismo tiempo en su originalidad (Hch 1, 8) y en las tensiones heredadas de sus raíces judías (Mt 10, 5-6; 15, 24; 18, 17). Conviene recordar que los factores socioculturales tampoco estaban ausentes de la aventura misionera de los primeros cristianos; si algunas reticencias *culturales* impedían a ciertos paganos integrarse en la comunidad judía, habrá que admitir con buena lógica

que su preferencia por la comunidad cristiana incluía por eso mismo ciertas condiciones *culturales*.

Finalmente, enfrentada sin cesar con la presencia y con el pensamiento de diversas culturas, la diáspora tuvo que aprender, seguramente más que en Judea, a desprender de otros elementos de su identidad lo esencial de su mensaje religioso; quizás así ayudó al joven cristianismo a convertirse en algo más que en un movimiento palestino.